

lencianos, ya que se invalida la actuación de una corporación provincial en un asunto tan delicado como es el de qué personas, qué grupos sociales y culturales deben orientar el ambiente cultural de una ciudad.

La Sociedad Valenciana de Amigos del Teatro había sido constituida con casi dos centenares de accionistas, entre los que encontramos personas y entidades representativas de medios muy distintos: Antonio Buero Vallejo, autor dramático de la Real Academia Española; José Monleón, crítico de TRIUNFO; grupos de teatro, como TEL, de Madrid; La Cuadra y Esperpento, de Sevilla; El Rogle, Pequeño Teatro de Valencia y Tábano, de Madrid...; Manuel Vela Pastor, decano de Económicas de Valencia; Manuel Cobo del Rosal, decano de Derecho; Manuel Broseta Pont, catedrático de Derecho Mercantil, y una larga lista de profesores, abogados, periodistas, industriales, etcétera. La posibilidad de que un instrumento cultural tan importante en Valencia, como es el teatro Principal (el único que reúne condiciones adecuadas y es frecuentado mayoritariamente), pudiese descansar en una empresa similar, asesorada en la programación por Studio, S. A., actual regenta de la sala Studio y del Valencia Cinema, levantó muchas suspicacias en la corporación provincial ocupada en poner trabas que con posterioridad la propia ley se ha encargado de levantar.

La actual empresa arrendataria ya ha regentado este teatro durante nueve años, lo que de hecho no dice mucho en su favor. La programación realizada tiene como objetivo hacer del teatro un centro de prestancia social más que de exigencia cultural. Por ello, la programación teatral de interés hay que buscarla en teatros como el Valencia Cinema o el Micalet, que por sus locales de condiciones limitadas, reducen la posibilidad de afluencia de los

distintos grupos sociales no universitarios. El panorama teatral valenciano se ha ampliado últimamente con la creación a dedo del teatro nacional de la Princesa. Su originaria condición le ha restado posibilidades de integrarse en la cultura y teatro que aquí se hace. ■ JAIME MILLAS.

DISCOS

Aguaviva: Poetas andaluces de ahora

Cuando Rafael Alberti se preguntó, en 1950, acerca de los «poetas andaluces de ahora» («¿es que Andalucía se ha quedado sin poetas?»), seguramente no sospecharía que veintitantos años después iba a existir un conjunto músico-vocal que intentaría ayudar a la solución de ese enigma. Ese conjunto existe, y se llama Aguaviva. Hace ya años, el verso mencionado del poeta del exilio sirvió para crear una canción que, ciertamente, causó alguna conmoción. Ahora, retomando aquella temática, Aguaviva pretende profundizar y extraer a las voces escondidas del Sur de su reducto semisubterráneo.

El disco de Aguaviva (1) nos remite, pues, a la realidad de una poesía nueva y actual andaluza. Hay una generación de escritores en aquella tierra, cómo no, por más que visiones oficiales y edulcoradas pretendan hacernos creer lo contrario. Nombres como los de Heredia Moya, López Luna, Juan de Loxa y todo el grupo «Manifiesto del Sur» y otros, señalan que el pensamiento, la sensibilidad, la labor creadora e intelectual no pueden ser posterga-

(1) Aguaviva, Poetas andaluces de ahora. Ariola. 360 pesetas.

das de la noche a la mañana, por más que sean ya largas —casi eternas— las horas de oscuridad y tenebrismo.

Aguaviva cumple, rescatando estas voces, una función de utilidad pública. Su disco es por ello merecedor de la atención que todo trabajo cultural requiere. Las reservas que se puedan ofrecer a su labor vienen mucho después.

Pero no por ello hay que silenciarlas tampoco. El grupo, dirigido —con entusiástica persistencia— por José Antonio Muñoz, es uno de

tra canción castellana por salirse de unos moldes trillados o fofos, la inclusión de fórmulas repetitivas y miméticas de sus propias conquistas hacen muchas veces el pensar que ese camino ha sido ya recorrido. A nivel sonoro, por otra parte, Aguaviva proyecta la fusión de melodías sencillas y lineales con la integración de instrumentos eléctricos u orquestales que casi siempre rompen o perturban la consistencia final. Con todo esto, fácil es adivinar que el resultado último de sus ex-



los más discutidos del entorno, por el tipo de adaptaciones musicales que realizan. Efectivamente, los toques de gigantismo sinfónico (en la medida de lo que cabe) que a veces han empañado sus discos no parecían ser el mejor caldo de cultivo para transmitir las palabras generalmente dolientes o frustradas de los poetas preocupados y graves.

El conjunto no acaba en la actualidad de desprenderse totalmente de esta ganga pesada e incoherente. En este su último trabajo, tampoco. Al lado de momentos felices, de hallazgos inspirados, hay una propensión por los discutibles caminos citados de la especulación metafísica y la trascendencia rimbombante. Si (vocalmente) Aguaviva ha sido uno de los más decisivos intentos de nues-

perencias esté teñido por la sombra de la hibridez y de las medias tintas, cuando las intenciones permitan augurar otra cosa.

Con todo y con eso, esta agrupación —cambiante y dialéctica en su propio devenir personal— tiene su puesto asegurado en la antología de canción castellana realizada con dignidad y respeto en estos últimos tiempos. Por sus bocas —las físicas y las simbólicas de sus instrumentos— han desfilado Gabriel Celaya, León Felipe, el ya mencionado Alberti e incluso poetas lejanos, pero no por ello alejados, como Nazim Hikmet. Ha habido homenajes a hombres universales, como Pablo Picasso. Ahora, el acercamiento a los hombres del futuro andaluz no es sino un acercamiento a un mundo propio más justo,

humano y libre. Por más que la obra no esté totalmente asumida y lograda, sus fines son un poco los de todos. ■ ALVARO FEITO.

Ribalta con esperanza

Ribalta no es un primerizo en esto de elaborar buenos discos. Ha procurado poner orden en aquellas producciones asignadas con su nombre y consiguió hasta ahora resultados tales que movieron a los aficionados —yo me considero entre ellos— a guardar como oro en paño «Tot l'enyor de demà» y «Cançons anònimes». Varios son los factores que influyen esa postura colectiva: la riqueza plástica de las fundas —hemos de recordar el magnífico collage guinovartiano para «Tot...», el ya clásico gemido del contrabajo, una voz estupenda y extraña a las grandilocuencias, la madurez de su música. Habrá más cosas, pero éstas antojánsenme como las más significativas. Son los detalles de un todo que evita a su manera y de forma parcial —dada la enormidad de las presiones ambientales— los oscuros sistemas establecidos. Sí, esos que fabrican números y más números de bolsinas para hipermediocres trozos de polivinilo agujereado y surcos en espiral.

Este ambiente se da con intensidad casi total hasta los segundos meses del año pasado. Pero los acontecimientos y extranjereros que todos conocemos permiten y empujan una nueva programación que condiciona decisivamente los hábitos. Es entonces cuando a nivel mayoritario el disco-documento se descubre como el objeto de la comunicación de masas que mayores posibilidades de humanización admite. Ejemplos válidos los encontramos tímidamente repartidos por el mercado español, pero su presencia se distingue claramente del resto y sólo cito algunos: María del Mar Bonet cuenta en su disco de limpio sabor mediterrá-

neo con la ayuda coloreada de Miró y la prosa concisa de Espriu. Dos personas dedicadas a la historia: J. A. Labordeta y Tuñón de Lara unen esfuerzos en el disco del primero, ese que significa la incorporación de un trozo del alma aragonesa al movimiento de la nueva canción. Paco Almazán, el flamencólogo y teorizador de la canción popular, prologa el delicioso «Venham mais cinco», de José Alfonso. Todos ellos con el ánimo de reconstruir la imagen de la música como pertenencia de la gente. Y es esa misma gente la que ha exigido, vacilante, productos cualificados en todas sus facetas, sobre todo las que tienden a sublimar la sensibilidad receptora de las personas. Después el entramado de los empresarios discográficos, ha visto las excelencias del nuevo campo y se han lanzado a una carrera competitiva, en una línea y con unos presupuestos que sólo se daban anteriormente en los catálogos de Concentric, Barlovento, Edigsa y las producciones de Caballero-Bonald para Ariola. Los jefazos del record «bussines» se disputan los favores de los cantores progres, ¡quién lo diría! En el clímax de esa corriente es cuando Xavier Ribalta publica su tercer disco español (1).

La estimable tarea de musicar unos poemas con los términos tan contundentemente fijados —para nuestra suerte—, como los que de Espriu, Horta, Salvat-Papasseit, Oriol y Colomines se incluyen en esa carpeta, supóngola justificada por una muy íntima paralelización entre el mensaje de dichos textos y el propio de Ribalta. Después de haberlos leído en una rápida visión de su traducción castellana, queda uno, sin mayores explicaciones, con la piel erizada. Quizá sea debido esto a lo desacomodados que tenemos los oídos a palabras tan reales y efectivas. Esas como las que dan forma

(1) Onze cançons amb esperança. Xavier Ribalta. RCA.